

# Defunción

POR MARCO PONCE ADROHER

Corrió en los años ochenta. El camino estaba vacío y se acercaba la hora del crepúsculo. El polvo se levantaba detrás de la camioneta. Una Ford F-100, con vagón largo. El hombre manejaba encorvado cerca del volante. Los anteojos llenos de polvo; polvo que llenaba la cabina y los asientos. La radio despedía los sonidos de la última canción de Dorindo. El camino: un camino transversal a la Panamericana, un lugar rodeado de campo. El invierno no tardaba en llegar y apenas hubo amenaza de aguaceros en aquella época. Los campos secos, los cielos turbios, el olor a tierra.

Las luces se colaron por el espejo, entre el polvo. Luego se escuchó la sirena. Finalmente la moto al lado de la puerta y el policía que le hacía señas. El hombre detuvo la camioneta a un costado del camino y esperó.

—Exceso de velocidad, sesenta y cinco kilómetros. Puede comprobarlo en la pantalla del radar —indicó el policía señalando el equipo—. La máxima es sesenta.

El polvo se había disipado. Ningún cartel, ninguna señal de tránsito. Miles de hectáreas de campo en soledad. El hombre consultó el reloj y miró a lo lejos, a los galpones que apenas mostraban los techos rojos; quería llegar antes de la noche.

Las botas del policía ya no brillaban; el oficial las mira: al inicio del turno eran un espejo y ahora el teniente seguro le pondría un cuadro. Se sacudió la chaqueta y limpió los lentes. El sol le daba en la espalda y proyectaba una sombra alargada delante de la camioneta.

—Son cincuenta dola. Infracción número quince, aquí está marcada en la boleta —dijo el guardia mientras tomaba nota de la matrícula y verificaba la calcomanía de circulación.

—Diez treinta y cinco, reportarse a central —repicó el transmisor.

El policía bajó el volumen y revisó las luces traseras de la camioneta: funcionaban.

El campo mostraba los rastrojos de caña de azúcar; la tierra en espera de la próxima siembra. Más allá un molino. El hombre pensaba en la faena del día siguiente: ordeñar a las cuatro y dejar los tarros para el camión de la leche, repartir forraje al ganado, sacrificar dos cerdos para la fiesta de la parroquia, reparar la bomba de agua y cambiar las poleas de la desgranadora.

—A ver, bájese... y deme su licencia. La multa la paga dentro de tres meses, entonces le devuelven la licencia —dijo el policía.

La música se escapaba de la cabina y el hombre puso las manos en los bolsillos. La